EL ESPEJO DE TINTA •

ISABEL CORTEL ESPELETA
Teruel, 1980

Ha desarrollado su carrera profesional en televisión, radio y prensa escrita, compaginándola con la elaboración de publicaciones y colaboración en monográficos y guiones. En 2017 publicó su primera novela *Vico y el Tiempo perdido* y continua escribiendo cuentos y relatos. Licenciada en Humanidades, la literatura siempre ha estado muy presente en su vida.

Verde y gris

1998. Recibir la noticia de la muerte de Ernesto me produjo una enorme tristeza y, a la vez, su recuerdo me trasladó a la época más feliz de mi vida. Nunca fui tan feliz y jamás volvería a serlo. Amigo de la infancia, crecimos como parte de un pequeño grupo de seis: Adela, Carmen, Ernesto, Pilar, yo y…él, Alfredo. Los ojos de Alfredo aparecieron en mi mente en ese momento. Su verde y gris lo invadió todo. Cerré los míos para borrar la imagen y volver al presente."Vuelve, mujer, no seas chiquilla, ha muerto Ernesto, céntrate en Ernesto". Decidí asistir al funeral de mi amigo. Mi hija me llevaría. Vuelvo a Álamo Alto 61 años después.

El tiempo no se ha detenido en el pueblo, muchas cosas han cambiado, no conozco ya a casi nadie. La casa de mis padres está bien, más o menos, pagamos desde hace años a unos guardeses, así que nos podemos alojar en casa. Todo huele igual, vuelvo a tener 18 años. Ahora sí, el tiempo se ha parado. Ernesto pidió ser enterrado en el pueblo y hasta allí lo ha acompañado su familia. También algunos vecinos se acercan. No conozco a nadie. Observo y observo, busco caras conocidas, de entonces. Nada. Hasta que ahí están: los ojos de Alfredo.

Verde y gris enmarcados de arrugas y el pelo blanco como la nieve. Pero es él. No lo puedo creer, un nudo en el estómago, "¡a estas alturas de la vida!". Aparto la vista y me encojo, me hago más pequeñita aún. Me sujeto a mi hija, Abigail (el nombre fue cosa de su padre, yo pensaba en Inés, como yo, pero no iba a ser decisión mía, ni esa, ni ninguna). La homilía comienza y la foto de Ernesto preside. Y ahí llegan, de golpe, todos mis recuerdos, los de aquel verano maravilloso. El último que dibujó en mí sonrisas, esperanzas… y el amor.

1936. Crecimos en Álamo Alto. No éramos muchos vecinos en aquel entonces. Mi padre, el médico del pueblo, había sido destinado allá cuando yo tenía cinco años. Nos gustaba mucho la vida allí, tanto que mis padres compraron la casa porque ese destino se previó pronto indefinido. La escuela, las amigas, luego también los amigos y la lectura, lo ocupaban todo. Álamo Alto era nuestro paraíso, de algunos afortunados, los pocos habitantes de aquel valle maravilloso. Lejos de todo. Seis amigos componíamos el grupo. Pilar, fue mi gran amiga del alma (ya nos dejó, "que en el cielo esté") y Alfredo, el descubrimiento más impredecible y maravilloso de todos: el amor. El gran amor de mi vida. Digo impredecible porque yo no soportaba su chulería: pelo y tez morenos, y esos ojos intensos color verde y gris. Su sonrisa despertaba la de cualquiera solo con mirarle. Y él lo sabía. Yo era foco de sus bromas, "Inesita, sonríe anda, que así pareces más bajita". Odiaba lo de "Inesita" (cosa de mi madre) y él se aprovechaba. Pero el día que no me decía nada, yo lo provocaba. Era nuestra manera de conquistarnos, mientras negábamos la mayor. En las fiestas de mayo, aquel año, él me sacó a bailar. Sus ojos en los míos, su mano en mi cintura y mis piernas que no podían dejar de temblar. "¿Aun no sabes que cuando te digo Inesita te estoy diciendo que te

quiero? Inés de mi alma". No hizo falta más. Me besó, le besé y no volvimos a separarnos. Ese fue el verano del amor, del descubrimiento. Las caricias, las miradas, la complicidad… nuestra primera vez. Era amor, amor del bueno. Hicimos planes, mil planes. Hasta que la vida, o más bien la guerra se metió por medio. En julio estalló la contienda, aunque lo único que llegaba a nuestro pueblo eran noticias. Pero a medida que pasaba el verano, el peligro acechaba y Alfredo y yo decidimos marcharnos. Huir y empezar juntos, casarnos y escapar del horror. "¿Cómo lo haremos?", pregunté yo el primer día de septiembre. "Espera mis instrucciones esta noche. Mañana será otro día, otra vida para nosotros". Aquella noche solo llegaron las bombas.

La casa era un ir y venir de gente preparando la huida. Se caen cosas, se rompen cosas. Gritos. La desesperación invade todo. Al amanecer dejábamos Álamo Alto pero yo, sin noticias de Alfredo, dejaba mi alma allí. Tras la guerra supimos que el pueblo fue arrasado por unos y por otros. La familia hizo borrón y cuenta nueva y mis padres concertaron mi matrimonio cuando cumplí los 19 años. Fabián era muy inteligente pero llevó siempre demasiado lejos su disciplina. Aún tengo marcas de su "manera de ser" en mi cuerpo. Abigail fue mi consuelo y el recuerdo de Alfredo mi huida a otro mundo.

1998. Terminada la homilía, me asomé al mirador detrás de la iglesia. No reconozco el pueblo. Se rompe el silencio y mi tranquilidad cuando Alfredo me saluda. "Hola, Inés". Creo que podría desmayarme pero me giro con la dignidad que puedo encontrar. "Hola, Alfredo. ¿Cómo estás? Veo que la vida te ha tratado bien". Él me cuenta que ha tenido tres hijos y que dejó en sus manos la empresa familiar. No le ha ido mal. Yo le cuento, sin detalle, que tengo una hija y que soy viuda ("y menos mal") desde hace once años. Entonces una mano se asía del brazo del Alfredo. "Ella es Amalia, mi esposa. Ella es Inés Castro, una amiga de la infancia". Me mata lo de "amiga" y verla a ella también. "Encantada", me dice muy correcta. "¿Nos vamos ya?" le dice a él. Y ella se aleja. Él aún está frente a mí pero yo ya estoy dispuesta a marcharme cuando… "¿Por qué no acudiste aquella noche?". Mi sangre se hiela pero la ira la hierve."¿Y a dónde y cuándo?, pues no supe nada de ti". No puedo evitar las lágrimas. Él se muestra contrariado, "fui a tu casa esa tarde, te dejé una carta". Silencio absoluto, roto cuando Amalia lo llama. "Adiós… Inesita". Me duele el corazón de pena y rabia. "¿He de creerlo? ¿Será así la vida de injusta?". Ahora sí, no volvería a ver nunca más esos ojos color verde y gris.

2019. Hace diez años que Inés Castro murió. 91 años, "demasiados", decía ella, "para la vida que me ha tocado". Inés dejó instrucciones. Quiso ser enterrada en el pueblo, solo con la esperanza de que Alfredo pudiera asistir a decirle adiós ("si sigue vivo"). Pero descansa junto a su esposo. Ahora Abigail ha vendido la casa de Álamo Alto y acude con su familia a recoger. Son trastos viejos o historias, en verdad. La casa se vacía rápido. Queda el armario de la entrada que es una preciosidad pero grande y pesado como él solo. Pero Abigail lo quiere así que dos mozos lo mueven. Y ahí está: un papel amarillento que la hija de Inés recoge y lee extrañada: "Espérame en la Fuente de Tres Caños, cuando el reloj marque las seis. Nos aguarda la vida, Inesita de mi alma".

PEDRO BLESA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel, un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

El Espejo de Tinta es la propuesta literaria estival de Diario de Teruel. Durante todo el mes de agosto se publicará cada día un relato, de temática libre, de un autor turolense o vinculado a la provincia.
Para la ilustración de las obras se ha contado principalmente con la colaboración de la Sociedad Fotográfica Turolense. Coordinación: M. Cruz Aguilar